

Vía Crucis y Camino de la Consolación

Proponemos este camino a partir del tema de las peregrinaciones del año 2017¹ :

¡El Señor hizo en mí maravillas!

El Magnificat de María es el cántico de los “pobres del Señor”, el cántico del Hijo mismo de Dios, el Verbo, la Palabra eterna del Padre que se humilla y se calla, embrión pequeño en el vientre de una madre. Después se hace amor y silencio en el árbol de la Cruz.

Hay madres que han vivido el sufrimiento de perder, sin quererlo o incluso habiéndolo deseado, un bebé concebido en su seno. Todos nosotros también hemos conocido el sufrimiento de perder una vida amada. Todos hemos podido ser cómplices de gestos de muerte, aunque tan solo sea una de esas miradas que destruyen a la persona con la que nos encontramos. Queremos que nuestro viacrucis sea una vía de consolación y convertirse incluso en un camino de concepción de vida nueva. Se nos ha dado como madre a las dos Marías que nos esperan, María Magdalena, pecadora perdonada, y María Inmaculada. Dejémonos guiar y acompañar por el camino de un nacimiento.

Los padres que lo deseen podrán dejar el nombre del niño perdido, podremos dejar todos una luz, luz de resurrección y de vida. La gruta de la Magdalena, al final del camino, nos envía a ese agujero de la roca en la que María, el 25 de marzo, dijo su nombre: “*Soy la Inmaculada Concepción.*” Soy aquella que deja pasar la luz sin poner obstáculos, y la concibo, la hago nacer ahora para el mundo. El 25 de marzo empieza ya a existir Jesús que va a nacer nueve meses después. María es tan solo “la madre de Jesús” (Jn 2, 1; 19, 25-27). Gracias al amor y al perdón de Dios, recibimos y llevamos nosotros también, la certeza de una vida que nos ha sido confiada.

«No sorprende, por lo tanto, que María, Madre y modelo de la Iglesia, sea invocada y venerada como “Salus infirmorum”, “Salud de los enfermos”. Como primera y perfecta discípula de su Hijo, siempre ha mostrado, acompañando el camino de la Iglesia, una especial solicitud por los que sufren. En la conmemoración de las apariciones en Lourdes, lugar elegido por María para manifestar su solicitud materna con los enfermos, la liturgia se hace eco oportunamente del Magnificat, que no es el cántico de aquellos a quienes les sonrío la suerte. Es más bien la gratitud de quien conoce los dramas de la vida, pero confía en la obra redentora de Dios... Como María, la Iglesia es portadora, a lo largo de la historia, de los dramas humanos y del consuelo divino... Aceptado y ofrecido, compartido sincera y gratuitamente, el sufrimiento se convierte en un milagro del amor...» Benedicto XVI, 11 de febrero de 2010 .

«He aquí el Hombre» (Primera estación)

1 Les aconsejamos que realicen el Vía Crucis antes de llegar a la «consolación». Sin embargo, si no pueden hacerlo, diríjense directamente a la «Gruta de María Magdalena» tomando el camino que baja del viacrucis. En ese caso vayan al final de este comentario: la Gruta de las dos Marías.

Jn 19, 5 «¡He aquí el hombre!» ¡Esto es lo que habéis hecho de él!
 Sal 44, 3; He 10, 38 Jesús, el más bello de los hijos de los hombres, aquel que pasó por el mundo haciendo el bien, -Jamás ha hablado nadie como este hombre-, fue librado entre las manos de los pecadores. Lo abofetearon, escupieron, coronaron de espinas y flagelaron. ¡Este es el resultado! Cuando Pilatos, el gobernador, le presenta a la muchedumbre ya no tiene cara humana. Pero como el cordero que es llevado al matadero, no abrió la boca. Llevaba nuestros sufrimientos, cargaba con nuestras penas.

Is 53,2. 5-7 Es él, de hecho, el verdadero hombre. Toda su apariencia se reduce a nada, pero lo que aparece es su corazón. “*Él me amó y se entregó por mí*” No devuelve el mal con mal, ni el insulto con insultos, para el mal con la fuerza de su misericordia, con el poder de su ofrenda. El mal se encierra completamente en Él, el mal ya no puede ir más lejos.

Ga 2, 20
 1 P 2, 21-25 ¡Cuántos inocentes hoy violentados, que no encuentran otro refugio sino el corazón abierto de Jesús en ofrenda pura! Bernardita en el calabozo es víctima de la enfermedad, de la miseria, nadie se preocuparía por ella si desapareciera, pero en ella, gracias al amor de su familia y la oración compartida, se prepara un camino de vida nueva para tantos hombres y mujeres que irán tras sus pasos.

Nuestros cuerpos y corazones pueden estar estropeados, andamos hacia el manantial de un renacimiento. Nuestra humanidad verdadera está delante de nosotros.

Jesús aplastado por el peso de la Cruz (Estaciones 2 y 3)

Flp 2, 6
 Mt 9, 9-13 ¡Jesús no fingió! No hizo alarde de su categoría de Dios, se sentó en la mesa de los pecadores. “*No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores.*”
 No sabía que el pecado era tan grave. Es toda nuestra vida la que se estropea, el manantial es contaminado.

Mc 14, 36 Sin embargo, Jesús, no soporta su suplicio, lo vive, lleva su cruz como una ofrenda, aunque esté aplastado. Él es un sí completamente disponible a la voluntad, a la elección de amor de su Padre. El Padre quiere compartir su vida. Dado que la rechazamos, ya que preferimos nuestro egoísmo, Él se da a pesar de todo. Su pasión de amor no se ve disminuida, sino que se hace sufrimiento.

S. Francisco al sultán de Damietta “*¡El Amor no es amado!*”
 Bernardita, Cuaderno de notas íntimas “*El que ama hace todo sin esfuerzo, o bien, ama su dificultad.*” Jesús está angustiado, su sudor se transforma en gotas de sangre que caen en tierra, pero sabe a dónde va: “*He venido para esta hora.*”

Lc 22, 44; Jn 12, 27 Unido a Jesús, incluso nuestro sufrimiento puede tener sentido, el sentido de un amor más fuerte que el egoísmo y el miedo: “*Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte!*”

2 Co 12, 10

Bernardita anda a cuatro patas hasta el fondo de la Gruta, se hunde en el barro: en el fondo del barro, ya no hay barro, sino un manantial que brota. En el fondo del agujero negro de la roca hay un rostro que está allí y que sonrío y le pide que avance.

Jesús busca un apoyo en el camino hacia la Cruz (Estación 4)

Jesús se ha escondido en la muchedumbre que pulula en Jerusalén durante la fiesta de la Pascua. Jesús se ha escondido en nuestra humanidad, esa humanidad que rechaza el amor, la paz, la pureza, la justicia, la misericordia. Ha sido necesario que encuentre una puerta abierta, un corazón disponible, que no opone obstáculo alguno a su divina ternura, a su ternura infinita. Es el corazón de la Inmaculada María quien se presentó a Él en el soplo del Espíritu de vida.

Es María quien se encuentra en el camino; entonces Jesús se da cuenta de que su sangre no ha sido vertida en vano, que su ofrenda es recibida en el hueco de nuestra humanidad, que la espesura de nuestros rechazos, de nuestro orgullo o de nuestros miedos, nuestros desalientos, que ese muro ha dejado una fisura por donde penetra el flujo de su caridad.

María está allí con la muchedumbre, en medio de nuestras vidas, en ese agujero de la roca, nos espera para moldear un corazón de niño, un corazón de creyente. En Lourdes encontró a Bernardita, joven y pequeña como ella; y también nos busca a nosotros. ¿Llegará a encontrar ese niño oculto en nosotros?

Del otro lado del viacrucis de la montaña, en Lourdes, en esta 4ª estación, se ha colocado la imagen de Jesús que abre su corazón a santa Margarita María, religiosa de Paray-le-Monial en el siglo XVII, diciéndola: *“He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres, y en cambio, no recibe nada más que ingratitud.”* ¿Sabré yo dar las gracias?, ¿sabré expresar mi gratitud? *“¿Y qué tienes que no hayas recibido?”* (1 Co 4, 7) Señor, quieres necesitar mi agradecimiento, mi sí, para poder continuar...

Un hombre, una mujer en el camino de Jesús (Estaciones 5 y 6)

Mc 15, 21	Un hombre al que se le llamó, una mujer que se lanza espontáneamente para secar la cara del condenado. Cada uno a su manera se hace discípulo, y Simón que volvía del campo se va de nuevo en sentido opuesto, siguiendo a Jesús para ayudarlo a llevar su cruz. <i>“El que no carga su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo.”</i> Yo no habría elegido este lugar, me lo han dado: <i>“Otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras.”</i> Sé tú Señor el que me guíe. No sé a dónde voy, pero sé con quién estoy, entonces la confianza renace de nuevo, poco a poco se abren los ojos de mi corazón, y te descubro, <i>“¡Señor mío y Dios mío!”</i> .
Lc 14, 27	
Jn 21, 18	
Jn 20, 28	La mujer escuchó su corazón, sin pensarlo, y recibió su rostro, no solamente impregnado en un lienzo, sino que ahora es ella quien refleja un poco de su ternura: ella es la Verónica, la <i>“verdadera imagen”</i> de su Creador. <i>“Oh Dios, crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme”</i> , que viva tan solo de ti, como el primer día del mundo.
Sal 50, 12	

Bernardita oyó *“un ruido como una ráfaga de viento”*, después hizo la señal de la cruz: signo de vida y no de muerte, signo de una ofrenda y de un intercambio de amor, más fuerte aún que la muerte.

Jesús derrumbado: “No lloréis por mí...” (Estaciones 7 – 8 – 9)

Nos parece que incluso Dios no consigue hacerlo mejor que nosotros, que este mundo se le escapa de las manos y que todo ha fracasado: demasiado sufrimiento, demasiadas muertes, injusticias e incluso complicidad en mí: ya está, se acabó, ya no salgo más.

Mc 10, 38

Dios no se queja. Dios no nos reprocha nada. No culpa nunca a sus discípulos por haberle renegado o traicionado. Su única queja es que no le creamos

Mc 16, 14

verdaderamente; que nos separemos de la fuente, que no confiemos en él. Pase lo que pase, Él está ahí. Si está derrumbado es para que no tengamos miedo de caer: si nos caemos es en Él.

Lc 23, 28

A las mujeres que se compadecen de él las dice: *“Llorad más bien por vosotras y por vuestros hijos”*, verted lágrimas que rieguen este mundo reseco. *“La mujer, cuando va a dar a luz, está triste, porque le ha llegado su hora; pero cuando ha dado a luz al*

Jn 16, 21

niño, ya no se acuerda del aprieto por el gozo de haber traído al mundo un nuevo

Jn 20, 13. 15

ser.” “Mujer, ¿por qué lloras?” Él viene a buscarte en la profundidad misma de la tumba para hacer de ti la que porta la vida.

María y Bernardita son dos muchachas que son el origen de Lourdes. Por petición suya dejémonos engendrar por la gracia, por la verdadera vida.

Muriendo en la Cruz, Jesús libera al Espíritu de Vida (Estaciones 10 – 13)

“Mi vida nadie me la quita, sino que yo la entrego libremente” (Jn 10, 18). Jesús hace de su muerte una ofrenda. La ofrenda del Hijo de Dios a su Padre nos abre el camino de la Vida, hasta más allá de la muerte. Y nosotros mismos podemos coger todo lo que nos llega, alegría, sufrimiento, y hasta la muerte, podemos transformar todo en ofrenda fecunda, si incorporamos nuestro pobre corazón en el corazón de Jesús traspasado. El monte pelado del Calvario deja sitio al jardín de la resurrección.

“Dios es Amor” (1 Jn 4, 8. 16), el Amor es el nombre, la vida, el secreto de Dios. El amor no es una palabra, es una fuente, el amor es más fuerte que la muerte. Todo podemos sumergir en el amor, sobre todo lo que ha sido sepultado en la muerte. Al pie de la Cruz, María recibe el último soplo de Jesús que se convierte en el primer soplo de la nueva creación. Recibe el cuerpo muerto de su hijo, al mismo tiempo que el discípulo, al que Jesús amaba, la lleva a su casa: *“He ahí a tu hijo”*, le dijo Jesús. María es siempre la mamá que da a luz: por su fe, acoge el don que le ha sido otorgado, y transmite al discípulo la vida de Jesús, la vida del Hijo de Dios (Jn 19, 25-27. 30).

Aquí en Lourdes, la fuente de la vida nueva brota del barro que Bernardita debe rascar. No tengamos miedo, estemos disponibles. Nada, ni incluso la muerte, puede impedir a Dios que se dé.

Jesús fue sepultado en tierra, pero la piedra de la tumba fue rodada (Últimas estaciones)

Cuando todo parece terminado, es cuando todo comienza. Jesús murió sobre la Cruz, mientras que se inmolaba al cordero pascual en el Templo (Jn 19, 28). La sangre del cordero recordaba la liberación milagrosa del pueblo judío esclavo en Egipto (Ex 12): era la noche de Pascua, del paso de la servidumbre a la libertad. El nuevo Pueblo de Dios es salvado de la esclavitud del pecado y de la muerte por la ofrenda de amor del hijo de Dios: *“Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí” (Ga 2, 20).* Mi vida es incorporada a la suya, respiro su soplo y voy a poder amar con su corazón.

Voy a poder engendrar, incluso a través de la muerte; mi vida se hace fecunda, para la eternidad. Enterrado como Jesús en la miseria y el lodo del pecado - "*Dios lo identificó con el pecado en favor nuestro*" (2 Co 5, 21) - resucito con él para una vida eterna. Nada está perdido, todo es dado, la vida nueva surge por la mañana el día de Pascua.

Durante la aparición del 7 de abril, el miércoles de Pascua, Bernardita mantiene su cirio encendido tanto tiempo que al final tiene en sus manos no la cera sino la llama: se convierte en cirio pascual, transparente, como María, del Misterio que arde de amor que la habita y le es confiado.